

*Discurso de investidura como doctora “honoris causa” de la
Excm. Sra. D.ª Nuria Espert Romero*

28 de enero de 2013

*Querido Rector, Ministro, Embajador, autoridades, claustro de profesores,
compañeros, amigos, señoras y señores*

Comenzaré dando las gracias a la Universidad Complutense y a todas y cada una de las personas que le dan vida y prestigio en España y fuera de sus fronteras, por haberme concedido este doctorado Honoris Causa que me llena de orgullo y humildad. Este acto, esta distinción que hoy se me concede me hace profundamente feliz y el honor quiero compartirlo con tantos y tantos compañeros de profesión que deseamos y luchamos por un mayor acercamiento entre Teatro y Educación.

Al plantearme qué palabras servirían para acercarme a ustedes en este acto busqué algo especial que pudiera haberme distinguido en esta, mi ya larguísima carrera. Una carrera, como todas las que valen la pena, llena de luchas, dudas, éxitos y fracasos. Y, creo que conseguí encontrar algo que me diferenciaba, algo que no suele ocurrir, un privilegio primero regalado por el azar, después buscado, regalado de nuevo y finalmente aceptado con resignación, ya que tenía el aspecto de que algún dios griego o simplemente el señor Eurípides había decidido que una de sus obras me marcará durante toda mi vida.

Hablo, claro, de Medea, un personaje que empecé a representar con 19 años y la última vez que lo he interpretado (de momento) ha sido con más de 70.

En mi maravillosa profesión solemos decir que “hay personajes que no se acaban nunca”. Eso, en nuestra jerga, significa que en ellos es tanto lo dicho y lo no dicho, que ningún intérprete es capaz de mostrar en una representación, aunque sea espléndida, todo lo que hay a la vista y oculto en esos personajes. No lo que él intuya o invente si no, simplemente, lo que el autor puso ahí. ¿Alguien puede creer que algún actor haya conseguido con su interpretación mostrar y hacer comprender absolutamente todo lo que hay escrito o en el texto y en el subtexto del personaje de Hamlet? ¿El de Hedda Gabler? ¿El de Segismundo? ¿Blanche Duvois? ¿Hécuba? O, por supuesto: ¿Medea? Pero pocas

veces los actores tenemos la posibilidad de que se nos dé, a lo largo de nuestras carreras, la oportunidad de volver a encontrarnos con ellos, tener la oportunidad de repensarlos, de enriquecerlos, de sacar de la luz intensa partes de esos caracteres que en nuestras primeras interpretaciones habían quedado oscurecidas por lo evidente, por lo importante entre comillas del personaje o de la trama.

En eso yo he sido afortunada. La suerte me regaló mi primera Medea a los 19 años. Sustituí, de prisa y corriendo, a una grandísima actriz que enfermó dos semanas antes del estreno. Salió muy bien, parece ser. Toda celos, pasión, y venganza. Cinco años más tarde y ya con nuestra compañía la montamos para el teatro Romano de Mérida. Toda celos, pasión y venganza y terror de que las piedras y las columnas inmensas de Mérida se me comieran viva. Sólo habían pasado 5 años pero ya me habían pasado muchas cosas: me había casado, había tenido dos hijas y con mi marido habíamos formado nuestra propia compañía.

Incluso de un modo inconsciente todo lo que somos y sentimos, todo lo que vivimos y creemos, todo lo que somos sale a escena con nosotros, eso les pasa a todos los actores, a los buenos y a los malos. Así que casi sin pasar por una decisión intelectual los cambios importantes habían comenzado, el monólogo de los hijos, por poner un ejemplo, fue menos dramático y más trágico. “No os veré crecer, no os veré casaros, no cerraréis mis ojos cuando yo muera” seguía siendo un dolor desgarrador pero era también una “videncia”. Con la decisión de matarles todo eso ya ha ocurrido. Ya es una realidad.

Dimos innumerables representaciones en toda España y pasaron 30 años; ya sabemos que 20 no son nada, ¡pero 30! Pues sí, 30 años, Mérida de nuevo. Ella de nuevo, más intensa, si cabe, pero más sabia. Sigue enamorada, claro pero ya ve a Jasón tal como es. No a través de la pasión desenfrenada que la llevó a cometer atrocidades, atrocidades de las que él fue el instigador y el beneficiario, una especie de chulo que le ha hecho hacer todo el trabajo sucio, y él ha conseguido una enorme reputación heroica, legendaria, como ladrón del vellocino de oro, cuando es Medea quien se lo consigue asesinando a su anterior poseedor y ese acto de Medea es lo que lleva a Jasón a héroe homérico. Ya no está enamorada. La traición de Jasón no es sólo una traición de marido o amante, es una traición de cómplice, de socio, es ver con claridad la terrible estafa que ha sido la vida en común. Hay que recordar que yo tenía 30 años más pero mi Jasón también. Dice el texto de Eurípides “¿Qué me espera a tu lado? ¿Qué nos espera? ¡Seguir huyendo siempre! Como parias. Me espera una vejez en la pobreza más abyecta. En cambio con esa boda nuestros hijos crecerán como hijos de príncipes y cuando Creón muera seré rey. Y si te portas bien conseguiré que te quedes en este país en algún rincón, incluso prometo ir a visitarte de vez en cuando. Pero, claro, insultas al rey, vociferas, de lo que te ocurra sólo tú tienes la culpa. Me obligas a que apoye tu destierro” ¡Qué personaje tan moderno!

Tres años más tarde acababa de abandonar la dirección del centro Dramático Nacional y el Teatro Griego de Barcelona seguía insistiendo en que presentara un nuevo espectáculo en su brillantísimo Festival de Verano. Yo tenía muchísimas ganas de volver a trabajar con Fabiá Puigserver y Lluís Pasqual. Y ¿Qué elegimos?: Medea. ¡la echaba tanto de menos! Una Medea más pequeña, más íntima, pequeñas puertas doradas, texto apretadísimo y violentísimo. Destacaba más y más la condición de extranjera de Medea, de refugiada en un país poderoso donde la cuna altísima en la que ella nació, princesa de la Cólquide, no obtiene más que desprecio y ella es conocida como “la bárbara” cuando en el texto de Eurípides es evidentísimo que Medea es una mujer de inteligencia y cultura muy superiores al país en el que la juzgan: Corinto.

En 1992 se celebraron en Barcelona los Juegos Olímpicos y con motivo de esa celebración Mario Gas, que dirigía los actos culturales de ese evento, me pidió que usara el Teatro Griego durante los Juegos. Dirigí, pues, Medea con Irene Papas, la gran trágica griega, que hizo una interpretación personalísima y de una calidad extraordinaria. Yo andaba como loca de acá para allá dirigiendo óperas y fue un cambio muy beneficioso volver a mi texto tan amado y poder verlo desde el otro lado del espejo. La dirección.

La Medea de Irene era más sincera, más víctima, más buena persona, le caía mejor al coro, a Creonte, le lloraba a Jasón, que se conmovía. En fin, algo de mucha calidad y muy interesante. Salió algo bueno y distinto.

Una última oportunidad (por ahora, no prometo nada) Cacoyannis, el más grande director griego de su generación, el director de Electra, Zorba el griego, Las troyanas... Me pidió que hiciéramos una Medea juntos; luché por Ifigenia pero él tenía clarísimo que quería verme en Medea. Le admiraba muchísimo y acepté. Me preguntó “¿Tú ya la has interpretado?” Contesté: “seis veces”. Cacoyannis creyó durante mucho tiempo que yo la había representado seis días, seis representaciones. Aportó unos buenos coros y asumió totalmente mi Medea, pero en un ensayo me dijo “¿Qué pasaría si Jasón la tocara?” (en las tragedias griegas los personajes no se tocan nunca). Yo dije: “Sí, ¿Qué pasaría?” y dijo Cacoyannis: “Se derrumbaría” o sea, toda esa construcción se desharía en un segundo. Yo dije: “De acuerdo, pero se rearmaría en un segundo también”. Nos dimos la mano y habíamos añadido una última y emocionante capa a ese personaje a la que le quedan infinitas por descubrir y que irán apareciendo con cada nueva generación que se encuentre con ella.

Tenerla hoy, aquí conmigo, añade emoción a este acto y lo vuelve para mí, inolvidable.

Muchas gracias.